



ROBERT BLAKE

LAS
AVENTURAS
DEL CAPITÁN
BRUGEL

Las aventuras del Capitán Brugel

Robert Blake

Titulo: Las aventuras del Capitán Brugel

© 2017 Robert Blake

© Imagen Portada diseñada por Alexia Jorques

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

INDICE

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capitulo X](#)

[Capitulo XI](#)

[Capitulo XII](#)

[Capitulo XIII](#)

[Capitulo XIV](#)

[Capitulo XV](#)

[Capitulo XVI](#)

[Capitulo XVII](#)

[Capitulo XVIII](#)

[Capitulo XIX](#)

[Capitulo XX](#)

[Capitulo XXI](#)

[Capitulo XXII](#)

Capítulo I

Viena 1628

Aquella tarde el alto mando austríaco se hallaba reunido en la Cámara Real. Todos, sin excepción, parecían nerviosos. Acompañaban al Canciller, el Cardenal, el Estatúder, el Gran Maestre, el Condestable, el Senescal, los diferentes Mariscales de Campo y el Almirante en jefe de la flota austríaca.

Al fondo se oyeron unos pasos.

—Majestad —saludaron al unísono con una pronunciada reverencia cuando el Emperador entró en la Cámara.

—Lamento el retraso. Un asunto de suma importancia requería toda mi atención.

—Me temo que este asunto le impedirá atender el resto —aseguró el Canciller de forma vehemente.

El Emperador lo miro atónito. Jamás había oído a uno de sus consejeros expresarse de aquel modo.

—Adelante —le invitó haciendo un gesto con la mano tras tomar asiento en el trono.

El Condestable, la máxima autoridad militar, tomó la palabra.

—Nuestros embajadores han transmitido noticias alarmantes: el rey de Suecia no satisfecho con sus cuatro galeones está construyendo en secreto el más poderoso navío que haya surcado jamás el mar Báltico.

—¿Y cuál es el problema? En enero acabaremos la flota que estamos construyendo junto a los polacos en los astilleros de Danzig.

—No será suficiente, Majestad. Un navío de estas características dominará desde las costas bálticas hasta el Mar

del Norte sin oposición alguna. Está previsto que contenga más de sesenta cañones de bronce.

Un murmullo de sorpresa se oyó en la sala, los presentes comenzaron a hacer conjeturas en voz baja.

—¡Sesenta cañones! —exclamó el Emperador contrariado— ¿Es viable construir algo así?

El Canciller asintió.

—¿Tenemos alguna posibilidad de contrarrestarlo? —quiso saber el Emperador tras meditar unos instantes. De todos era conocida su gran habilidad militar en tierra, pero nunca había combatido en alta mar.

—Si llega a surcar los mares, ninguna. Los suecos nos llevan años de ventaja en la Armada. Han contratado a los mejores constructores sin importar sus ideologías políticas o religiosas.

El Emperador guardó silencio con gesto de preocupación.

—¿Y qué propone? —le preguntó al Canciller.

—Tenemos que sabotear la construcción.

Un nuevo murmullo acudió a la Cámara.

—¡Silencio! —exclamó el Emperador dando un fuerte golpe encima de la mesa— ¡Si tienen algo positivo que aportar háganlo en voz alta; de lo contrario, cállense! ¡Parecen una reunión de viejas, por el amor de Dios!

Un silencio sepulcral inundó la Cámara.

—Majestad, no podemos enviar el Ejército. Aunque venciéramos a los suecos jamás llegaríamos a tiempo antes de acabar su construcción.

—Ni tampoco un pequeño grupo —añadió el Condestable—. Nos descubrirían de inmediato. Debemos enviar a un solo hombre.

—¿Tenemos a ese hombre? —preguntó confundido el Emperador.

—Así es. No ha sido fácil encontrarlo —respondió el Canciller—. No podía ser austríaco. Su acento le delataría de inmediato.

—Y tampoco católico —intervino el Cardenal Gruzer, que había permanecido en silencio—. Los protestantes parecen tener un sexto sentido para ello.

—¿Y entonces? —repuso el Emperador levantándose de su asiento.

—Conozco a un tipo valiente y habilidoso que lleva varios años a nuestro servicio.

—¿Su nombre?

—Capitán Brugel

—¿Qué sabemos sobre él?

—Es originario del Palatinado. Toda su familia abrazó desde muy temprano la causa luterana. Sin embargo, tuvo que exiliarse de su tierra por un delito de sangre y acabó siendo un mercenario al servicio del mejor postor. Por fortuna los españoles le salvaron la vida y desde entonces abrazó la causa católica sin reticencias.

—Me suena ese nombre —afirmó el Emperador—. ¿Cuándo podríamos verle?

—Me he permitido la osadía de convocarle para esta reunión. Espera impaciente en la cámara contigua.

—¡Que pase! —ordenó el Emperador.

El Canciller hizo un gesto al mayordomo y este le avisó.

El capitán Brugel entro en la sala espada al cinto, vistiendo su mejor casaca. Con un rápido movimiento del brazo se quitó el sombrero de ala ancha y realizó una profunda reverencia.

—Majestad —saludó al inclinarse.

—¿Alguien le ha comunicado el motivo de su presencia? —preguntó el Emperador.

—Sí, Majestad. Tuve el gran honor de combatir junto al Canciller en Silesia. Esta tarde me ha informado de todo lo que acontece en Suecia.

—¿Se cree capacitado para cumplir esta misión? —le preguntó el Emperador consciente de que cada segundo era de vital importancia.

—Haré todo cuanto esté en mi mano —respondió Brugel con convicción.

—Eso no es suficiente, Capitán —contestó el Emperador elevando el tono de voz—. Ese barco debe de ser destruido.

—Lo será, Majestad.

—Si los suecos le detienen, le torturarán hasta las últimas consecuencias. Buscan espías en todas partes.

—Soy consciente de ello, Majestad. El Palatinado siempre ha sido un fiel aliado de Suecia. No creo que sospechen nada de un luterano.

El Emperador asintió levemente, se había olvidado por un momento de su procedencia.

—Le proporcionaremos todo cuanto esté en nuestra mano. Si necesita ayuda enviaremos un contacto a Estocolmo. Pero recuerde: no debe ser visto en compañía de otros católicos o la misión será un fracaso.

—La discreción siempre ha sido una de mis mayores virtudes.

—Partirá de inmediato. El Canciller le facilitará una fuerte suma de oro y los salvoconductos necesarios.

—Gracias, Majestad —respondió haciendo otra reverencia—. Señores —añadió saludando al resto.

—Me gusta, Novak —le aseguró al Canciller—. Creo que servirá.

El mozo de cuadras le esperaba a las puertas de palacio con el caballo ensillado. Brugel atravesó al galope media ciudad a lomos de un frisón grisáceo y regresó a la pensión donde se hospedaba.

De madrugada se despertó en la penumbra de su fría habitación. No podía conciliar el sueño. Se levantó de su destartada cama y bajo la luz de una desgastada vela escribió una carta a la única persona que de verdad le importaba en aquella ciudad.

Por la mañana tuvo el tiempo suficiente para enviarla poco antes de partir.

Brugel tomó la primera diligencia que partía hacia Copenhague y desde allí tomaría un barco y atravesaría el Báltico hasta Estocolmo, la capital de Suecia.

En el viaje iba ataviado con unas ricas vestimentas, ya que su intención era que todos creyesen que era un acaudalado hombre de negocios.

Durante el trayecto, Brugel pensó que aquella absurda guerra ya duraba demasiado tiempo. Las grandes potencias europeas se hallaban inmersas en una interminable guerra que se había expandido por media Europa entre los partidarios del catolicismo y el protestantismo desde hacía más de diez años.

Durante los primeros años de la guerra, las victorias habían sonreído a la coalición de los Habsburgo formada por austríacos y españoles, pero la entrada en escena de daneses y suecos había comenzado a equilibrar la balanza.

El Emperador estaba preocupado por los numerosos rumores que aseguraban que los franceses entrarían en la disputa apoyando a los protestantes, pues su intención no era otra que la de acabar con el dominio que durante generaciones habían ejercido los Habsburgo sobre la mayor parte de Europa.

Los motivos religiosos se habían mezclado con los políticos y los Estados intervinieron buscando diferentes objetivos: en algunos casos una situación de equilibrio, en otros alcanzar la hegemonía en el continente europeo y en la mayoría un enfrentamiento donde poder saldar las deudas pendientes con las potencias rivales.

El camino hacia Berlín estaba repleto de frondosos bosques y verdes praderas donde solo crecían algunos frutos silvestres por el crudo invierno continental. Los ganaderos de la zona criaban grandes reses que pastaban en campos comunales.

Tras pernoctar en una pequeña fonda junto al cochero y sus seis compañeros de viaje, llegaron a media tarde a la capital de Prusia.

Lo primero que hizo Brugel fue cambiar de vestimenta. Debía abandonar todo vestigio que le identificara con el catolicismo y, por supuesto, con el Imperio.

Fue hasta una sastrería y encargó que le confeccionaran una casaca de color verde, igual que la que vestían los oficiales luteranos.

La premura de tiempo no permitió que le hicieran una a medida. La diligencia solo se detendría un día, así que tuvo que conformarse con una de segunda mano.

El sastre ajustó los hombros y las mangas de su casaca cuanto pudo. Las calzas, de un tono más claro, no supusieron ningún problema. Las había de diferentes tallas y tan solo tuvieron que ajustarle la cintura.

Al día siguiente sus compañeros de viaje eran otros, pues los anteriores habían finalizado su viaje en Berlín. El único sorprendido con su nueva indumentaria fue el cochero, que le recibió con una sonrisa; en su trabajo veía de todo y no emitió ni el más mínimo comentario.

Tras un día y medio de dura travesía, la diligencia llegó a Copenhague, donde tuvo que volver a pasar la noche.

Al día siguiente tomó un barco que le llevó directamente a la capital de Suecia. A primera hora de la mañana, Brugel divisó la costa desde la proa.

Las gaviotas revoloteaban en el puerto buscando los restos de comida que tiraban por la borda algunos pesqueros. Brugel descendió por la pasarela mientras las tablas de madera crujían a sus pies; nunca le había apasionado el mar y aquella misión sería una prueba de fuego para él, pasaría la mayor parte del tiempo en alta mar con la dificultad añadida que suponía sabotear la joya de la corona sueca.

Desde que pisó tierra firme su única obsesión era recabar toda la información posible sobre el *Vasa*, el galeón que construían en secreto.

En aquellos días el ejército sueco, al igual que el resto del continente, se encontraba corto de efectivos. Los escandinavos apreciaban a los mercenarios germanos, eran los más disciplinados de Europa y ofrecían un alto rendimiento en el campo de batalla.

Por ello decidió alistarse en el primer navío que necesitara soldados en alta mar y para ello recorrió el puerto buscando un galeón que necesitara de sus servicios.

—¡Eh, amigo! ¿Sabes dónde puedo enrolarme? —preguntó a un tipo de fuerte corpulencia y pronunciada alopecia que cargaba un navío.

—¿Qué sabes hacer? —le respondió tras mirarlo de arriba abajo.

—Soy herrero —contestó orgulloso—. Y de los buenos.

—El galeón que zarpa mañana creo que necesita uno —dijo señalando al fondo de la dársena.

Brugel se dirigió adonde le había indicado. Al llegar observó un fuerte trasiego de soldados y mercancías en su pasarela.

—Creo que necesitan un herrero —le dijo al Alférez que desde la cubierta impartía ordenes a los marineros. El barco parecía fuertemente armado.

—Así es —le respondió tras atravesarlo con la mirada—. ¿Has combatido alguna vez?

—No he dejado de hacerlo en toda mi vida —repuso Brugel y comenzó a enumerar las diferentes batallas en las que había combatido, obviando el bando al que había pertenecido—. Junto a Guillermo de Orange combatí contra los españoles; en Bohemia formé parte del ejército regular que resistió el asedio imperial; en los principados alemanes participé en las revueltas contra los católicos y desde hace años combato en esta maldita guerra que algún día acabará con la Contrarreforma.

—De acuerdo —le contesto el Contramaestre—. Este navío es el *Upsala*. Preséntate mañana a las siete en punto.

—¿Y la paga? —preguntó Brugel con interés, como cualquier mercenario.

—Cuarenta ducados a la semana.

Brugel asintió con la cabeza.

Mientras atravesaba el puerto buscando un lugar donde pasar la noche observó el enorme movimiento de barcos que surcaban sus aguas. Si los austríacos querían ven-

cer en aquella guerra deberían al menos igualar el poderío naval de los suecos.

Al día siguiente, Brugel se presentó a la hora acordada. El Alférez le indicó dónde quedaba la Maestranza, el lugar donde se reunía la tripulación especializada, que incluía un carpintero, un calafate, un herrero, un buceador y una corneta. Los artilleros eran mandados por un oficial, llamado Condestable.

Mientras atravesaba la cubierta divisó una enorme sirena pintada en el espejo de babor. En el castillo de popa había volutas, guirnaldas y pequeñas figuras talladas que se repetían siguiendo las formas del barco.

En cada mástil se alzaban majestuosas banderas y otros estandartes y gallardetes en un complejo sistema heráldico que incluía además de las armas reales la enseña del Comandante de la flota.

A Brugel le seguía rondando tan solo una idea: averiguar dónde se guardaba el *Vasa*. Pero era consciente de que todo requería su tiempo. Si hacía demasiadas preguntas sospecharían de inmediato, así que primero debería ganarse la confianza de los marineros.

El Contramaestre recibió a los recién llegados y les explicó cuál era su cometido a bordo.

A Brugel lo enviaron a reparar los desperfectos que había sufrido la nave en su último combate, sobre todo en la sección de artillería formada por piezas de hierro colado y bronce.

Mientras el Contramaestre impartía las ordenes, Brugel vio por primera vez al Capitán subir a la cubierta. Saludó al piloto a cargo de la nave y le indicó el rumbo. Luego dio

las últimas indicaciones a su segundo de abordo, el Maestre, en el que residía el gobierno de la nave así como su aprovisionamiento.

A partir de ese momento, apenas vio al Capitán en aquella travesía, pues solía dedicarse principalmente a tareas administrativas.

Desde el primer día aprendió que la vida a bordo estaba regulada por un sistema de tres turnos diarios.

El capitán se alojaba en la cabina superior del castillo de popa, al nivel de cubierta. En la proa estaban las cabinas de los oficiales y en el extremo superior se situaba el camarote donde dormía el piloto. En la habitación contigua lo hacían el Capellán y el resto de oficiales de menor rango.

Brugel se alojaba junto al resto de los marineros bajo la cubierta, donde también existían diferentes rangos: los artilleros se situaban en la popa y el resto de marineros lo hacían por antigüedad. La mayoría solían dormir en hamacas, aunque existían algunos jergones de madera.

Todas las noches se organizaban partidas de cartas bajo la cubierta. La tripulación que no realizaba guardia aquel día no faltaba a la cita, pues era su única diversión. Tan solo unos pocos podían permitirse jugar, mientras el resto observaba expectante el devenir de la partida.

—Nunca repartes buenas cartas —le recriminó un noruego de cabello ralo a un danés de prominente mandíbula y grandes pómulos que llevaba la voz cantante en la partida.

—¿Tienes dinero para jugar, sajón? —le preguntó el danés a Brugel al distinguir los colores de su casaca.

Brugel asintió.

—Siéntate. Ese es tu sitio.

Brugel se sentó en una astillada silla junto a otros cuatro marineros y el danés comenzó a repartir las cartas.

En un par de partidas, Brugel consiguió ganar más dinero que el resto de jugadores en toda la noche. Aquella parecía ser su noche de suerte.

El danés frunció el ceño y comenzó a mirarlo con desprecio. Un instante después volvió a perder una nueva partida.

—En Sajonia tan solo existen furcias y pendencieros —aseguró.

Brugel le miró fijamente sin responder nada y guardó su dinero en el bolsillo. Luego comenzó a repartir las cartas.

—Una vez estuve en Jutlandia —comentó Brugel mientras realizaba su apuesta—. Y tan solo encontré dos cosas: vacas y sodomitas. Y tú no pareces tener cuernos.

El danés saltó como un resorte de su silla y dio una fuerte patada a la mesa. Brugel, que había anticipado su reacción, saltó hacia atrás y esperó su embestida.

Con un cuchillo en la mano, se abalanzó sobre él; Brugel lo esquivó y le propinó una fuerte patada en el antebrazo. El danés comenzó a retorcerse de dolor en el suelo. Tenía rota la muñeca. Brugel aprovechó el momento y le estampó la cabeza sobre la mesa.

El danés se sostuvo un instante sobre sus rodillas y luego se tambaleó como un castillo de naipes hasta quedar inconsciente.

La tripulación se quedó perpleja. El danés era un tipo duro de pelar y mucho más corpulento que Brugel, pero este le había derrotado con un par de rápidos movimien-